

afirmación un interés supremo cerca del cual cualquiera otro interés languidece y se borra.

El tono de sus narraciones nos revela la actitud de sus almas.

Reunidas las tres indicadas condiciones, tenemos la más alta garantía de sinceridad que es posible exigir á un testigo.

“Los discípulos de Cristo han hablado, dice el P. Monsabré, y esto es evidente. No tengo necesidad de verlos, ni aun á la luz de la historia: mi alma conmovida se abre sin resistencia bajo los golpes de la palabra adorable que se escapa de su boca santificada; mi razón satisfecha responde por un acto de fe á la sinceridad de que están impregnadas las líneas del Evangelio.

VERACIDAD DE LOS EVANGELISTAS.

Los Evangelistas no solamente son sencillos, desinteresados y llenos de confianza, lo que garantiza sin duda su veracidad: son también impotentes, es decir, no han podido copiar, ni inventar al personaje cuya vida describen en el Evangelio.

Su impotencia es, entonces, una prueba evidente sin duda, de su veracidad.

“Todos los detalles del Evangelio, dice el P. Monsabré, discursos, preceptos, acciones, virtudes, milagros, profecías, se agrupan al rededor de la persona, se concentran en la vida de un hombre único, quien, por el encanto continuo de su presencia, remplace el encanto del orden y del método que los escritores sagrados parece que desdeñaron.

Es tan extraordinario, tan nuevo, tan contrario al tipo que el espíritu judáico debía naturalmente concebir, que es preciso haberlo visto para hablar de él, como han hablado los Evangelistas.

Si era imposible á los Apóstoles inventar á Jesucristo, claro está que al hablar de él, lo hacen como simples narradores y la medida de su impotencia nos da la medida de su buena fe.

El Jesucristo del Evangelio es un hombre imposible, si se permite la palabra: no hay un hombre como él, ni en el medio contemporáneo, ni en la antigüedad pagana, ni en la antigüedad judía.

En ese hombre prodigioso, tal como lo descri-

ben los Evangelistas, hay un conjunto de todas las virtudes en una sola alma, sin mezclas que atestigüen, como atestiguan en las más altas naturalezas, la presencia de una enfermedad incurable.

El Cristo del Evangelio es humilde en el triunfo, pero jamás se abate, sino ante la grandeza del Padre Celeste; bueno y compasivo como una madre, pero jamás débil; pródigo del bien, pero jamás indiscreto en sus dones; tiernamente inclinado hacia los pecadores, pero siempre enemigo del pecado; celoso por el derecho y por la ley y jamás intolerante con las personas; sencillo, pero jamás vulgar; grande en el oprobio y nunca soberbio; dulce como un cordero en las manos de sus verdugos, pero jamás humillado y caído; digno en la persecución y jamás altivo.

El Cristo del Evangelio es un hombre que perdona á los que le inmolan, que consuela á los que sufren cerca de su patíbulo, que olvida sus dolores para asegurar la suerte de aquellos que le aman, que expira en los brazos de Dios á quien invoca y que se hace, al partir de este momento supremo, el tipo que saludarán con respecto todos los sabios, aun cuando no osen prosternarse ante su divinidad.

Este tipo, así descrito por los Evangelistas, no podía encontrarse, no se encontraba en el medio en que vivió ese hombre admirable.

¿Cómo ha podido suceder, pregunta el Cardenal Wiseman, que hombres sin instrucción hayan imaginado representar un carácter que se aleja, bajo todos sus aspectos, de su tipo nacional y que está en desacuerdo con todos los rasgos que la costumbre, la educación, el patriotismo, la religión y la naturaleza habían consagrado como los más bellos de todos.

Las tradiciones de entonces desfiguradas por los fariseos, daban al Justo una fisonomía, en contradicción abierta con la del Justo del Evangelio.

Los Evangelistas no podían encontrar en los tiempos de Cristo un tipo que se le asemejase.

En la antigüedad pagana tampoco podían encontrarle.

Y no podían encontrarle, porque ellos no lo conocían, y no podían encontrarle, porque en ella sólo se encuentran virtudes esparcidas, cuya reunión siempre sería una pobreza ante la perfección que en Cristo se realiza.

La antigüedad, judía aunque ellos hubiesen poseído todos sus secretos, no podía ofrecerles

más que un bosquejo grosero del cuadro que ellos acabaron con mano tan segura.

Era imposible, por otra parte, que hombres tan ignorantes tuvieran la paciencia, el discernimiento, el exquisito gusto que se necesitaba para recoger de todos los personajes de la antigua ley, los diversos matices de justicia y de santidad, esparcidos en todos ellos, y reunirlos tan magistralmente, como aparecen reunidos, en el hombre extraordinario cuya historia refieren los Evangelios.

La dificultad se aumenta y se multiplica, como lo hace notar el Cardenal Wiseman, si se considera que hay cuatro artistas y que por hechos diferentes nos conducen á la misma representación.

El Cristo del Evangelio, visto en su perfección, en su santidad, en su virtud, no pudo ser inventado por los Evangelistas.

Pero supóngase que fueron tan hábiles que pudieron reunir en un solo personaje todo lo bello, todo lo bueno, todo lo grande, todo lo justo y todo lo santo que puede encontrarse en los recuerdos venerados de los patriarcas y de los profetas.

Ese Cristo del Evangelio no sólo fué la personificación de la virtud más elevada y que presentó siempre un carácter divino.

Al Cristo del Evangelio era preciso hacerle hablar.

Los Evangelistas le presentan hablando.

Era imposible que los Evangelistas pudiesen inventar ni los conceptos, ni las palabras que ponen en los labios del hombre, cuya historia cuentan.

La Escritura santa contiene sentencias admirables, fecundas, dignas del Dios que las ha revelado y más capaces de formar á un sabio que todas las filosofías.

Pero el trabajo de la moral antigua no es más que un trabajo de iniciación, cuya plenitud estaba reservada al Evangelio.

La moral evangélica, aunque apoyada en la ley judáica, llega á consecuencias tan enteramente nuevas, tan completamente desconocidas de los hombres más ilustrados y más virtuosos, que es preciso preguntar de dónde vienen y si el espíritu humano, después de una labor muchas veces secular, ha podido deshacer las sombras de donde han salido súbitamente.

Los discursos de Cristo están llenos de elevación y de misterio.

Para él la pobreza es bienaventuranza, en medio

de una nación que, estimulada por pomposas profecías, cuenta con la prosperidad temporal.

Los pacíficos bendecidos solemnemente, cuando el pueblo se prepara á la guerra que debe asegurar su universal dominación.

Son bienaventurados los que lloran, los que sufren, aquellos á quienes se maldice, aquellos á quienes se persigue.

Renunciarse, llevar su cruz, ponerse en el último sitio y á los piés de todos, buscar la perfección en una especie de mutilación espiritual que no conserva á la carne su integridad, sino privándola de una fecundidad bendecida por Dios y envidiada por todas las familias.

La moral evangélica es un grito sublime que se escucha sobre todos los preceptos de la ley, sobre todas las máximas de la sabiduría antigua, sobre todas las aspiraciones de las almas santas.

Los Evangelistas, gente sin letras y de virtud muy mediana, en vano hubieran hojeado los libros é interrogado las tradiciones: en ninguna parte hubieran encontrado el primer elemento de esa enseñanza, que hasta entonces nadie había escuchado.

Era, entonces, imposible que los Evangelistas

hubiesen inventado un personaje al que hiciesen hablar, como habla el Cristo que ellos describen.

Pero si era imposible un justo, como ellos lo pintan, un moralista como ellos lo describen, el Jesucristo de los Evangelios es también un Mesías imposible.

El Mesías de los Evangelistas tiene un carácter enteramente espiritual, en la misión que viene á desempeñar.

El espíritu público del pueblo judío protesta contra ese carácter.

El Mesías, esperado por los judíos, tenía que ser, en concepto de ellos, un rey muy glorioso que rompiera sus cadenas, que disipase á sus enemigos, que conquistase al mundo, en una palabra, que hiciese pasar los restos humillados de Judá, de la libertad á la dominación.

Educados en ese medio, ¿cómo habrían podido los Evangelistas concebir un Mesías que su propia inteligencia, formada por la opinión pública, repele con desdén, como una contradicción de todo su pasado tan manifiestamente preparado por Dios?

Y, sin embargo, los Evangelistas anuncian que ese hombre, todo espíritu, despojado de todas las glorias que anunciaban el carácter de Mesías, era el

Mesías prometido y que debía realizar la libertad del hombre.

Los Evangelistas que, no obstante las preocupaciones que tenían, confesaban la misión de su Maestro, proclamaban también su divinidad.

Si ellos inventaron á ese personaje, que llamaban un Ser divino, ese Dios, tal como lo presentaban, es un Dios imposible.

Dios, tal como lo concebía la nación judía, era un ser eterno, en quien estaba la vida sin principio, la inmensidad era su tabernáculo, el cielo su trono, el firmamento su manto, los astros su corona.

El Dios de los Judíos mandaba á la naturaleza, poseía todo, la felicidad se derramaba de su mano, como de un océano sin riberas y sin fondo.

El Dios de los Israelitas era el Juez de príncipes y de pueblos, su mano estaba lleno de rayos y de relámpagos, su brazo aplastaba á los soberbios, sus perfecciones invulnerables resistían como un muro de acero á todos los golpes de nuestros odios y de nuestras locuras.

El Dios del pueblo judío era un ser cuya existencia estaba medida por la eternidad.

Así debieron describirlo los Evangelistas.

Y, sin embargo, ellos confiesan la divinidad de un hombre que sale como cualquiera otro hombre del seno de una mujer, que está aprisionado en el cuerpo de un niño, que está cubierto con pobres pañales y que llora, tiembla y gime en un pesebre.

Llaman Dios, al que está sujeto á sus padres, y vive en su humilde morada, al que no tiene donde reclinar su cabeza, un pobre que vive con el día, del pan de la caridad.

Llaman Dios, al que está prosternado en la aflicción, al que tiene su corazón desgarrado por la angustia, al que tiene su alma triste hasta la muerte, y al que aleja con su mano temblorosa el cáliz amargo de sus dolores.

Llaman Dios, al que comparece ante el tribunal de los sacerdotes, de los procónsules y de los reyes, al que no puede sostener el peso de una cruz sobre sus espaldas abiertas y ensangrentadas, al que pierde su sangre por mil heridas, al que muere colgado de un madero infame, al que invoca á su Padre y no le escucha, al que, por fin, entrega su vida en las manos de ese Padre que no le oía sus lamentos.

A ese llaman Dios, los Evangelistas.

Ningún judío hubiera creído que ese era un Dios; pero de seguro que nadie hubiera inventado á ese Dios.

“No es así como se inventa, dice el P. Monsabré, y Juan Jacobo Rousseau, tuvo razón de decir un día que veía con claridad en su espíritu; El Evangelio tiene caracteres de verdad, tan grandes, tan palpitantes, tan perfectamente inimitables, que el inventor sería más admirable que su héroe.”

No hay remedio, para escribir lo que han escrito los Evangelistas, es necesario, según la propia expresión de San Juan, haber oído esas cosas, haberlas visto, examinado y tocado con las propias manos.

“Jesucristo, concluye el Padre Monsabré, es tanto más real, cuanto es más imposible, desde que se supone que los Evangelistas salen del papel de simples testigos y de sinceros narradores de sus virtudes, de sus discursos, de su misión y de su vida.”

Si es imposible inventarlo, preciso es confesar que los Evangelistas son sinceros, porque refieren lo que vieron.

ESFUERZOS DEL RACIONALISMO PARA DESTRUIR
EL TESTIMONIO EVANGÉLICO.

La autoridad del Evangelio que, como lo dejamos establecido brevemente, se apoya en una posesión de estado dieciocho veces secular, y que está claramente revelada por todos los caracteres de la más alta sinceridad, á que hemos hecho referencia, ha sido objeto, por parte de los enemigos del cristianismo, de los más violentos ataques.

Y esto se explica.

El testimonio evangélico abruma implacablemente y de un solo golpe la soberanía usurpada de la razón, como los sistemas de creencias de donde se han ausentado las revelaciones divinas.

La razón, así herida en la omnipotencia que ha querido atribuírse, tiene que lanzar un grito.

Ha llenado nuestro siglo con sus clamores y para libertarse mejor de las importunidades misericordiosas de Dios que la persiguen y rodean para que no se extravíe en sus caminos, se ha consagrado á destruir los monumentos tradicionales que sirven para comprobar las profecías y los